

Agonía sin testigos

Siete terribles canes roncós
—que cercaban la quinta de los Angeles
donde te refugiaste,
en los últimos años,
mordida por los cosméticos y la vejez—
aullaron al saber, sus hocicos,
de tu muerte.

Una escama de mi memoria
evoca tus piernas,
a las que debo,
entre las mías,
el primer líquido sólido;
a las que debo,
entre mis piernas,
la salida del primer ungüento
que se repetiría en mis años de sueños
y de atónita abstinencia.

Mueres de doliente enfermedad,
tú que, en la oscuridad de un cine de barrio
bailaste en una película que no nombro.
No sabías, en el plató californiano,
del candor, firmeza e ingenuidad de tus muslos,
que abrieron la llave de mi sexo en la película
que no nombro.

¿Qué te debo?... marchita flor
obligada a fenecer
con el golpe seco del martillo
que dos manos toman:
¿Qué te debo?,
dulce bailarina del cinematógrafo:
¿te debo aquella mezcla de dicha, dolor y abandono
que es el pórtico de esa pegajosa explosión de vida
del semen sediento a los vapores del vientre
como irrupción volcánica de todo proceso de vida?

¿Qué flores colocaré con mi imaginación en tu entierro
 cuando,
 arrugada de orgullo y tiempo glorioso
 yaces, mientras arriba,
 los pájaros
 pintan los árboles, el cielo, las nubes?

Dostoievski

Descabellado dolor sin fin.
 Ahínco inimaginable.
 Vertiginosa quietud.
 Tranquila agitación.
 Sublime banalidad.
 Delicada desfachatez.
 Ascenso a los infiernos,
 descenso a la luz.
 El pensamiento
 se hizo cuerpo
 en tus criaturas,
 dolientes por algo más
 que por el dolor mismo.
 ¡Improba tu tarea
 de fatigar a la palabra
 con humores malignos
 y con dulces olas del espíritu!
 ¡Imposibles tus personajes,
 al nacer sucumbiendo,
 entre un cielo que era negro
 y un infierno que era luminoso!
 Creaste un mundo
 sin agua ni sol,
 ni tierra ni nacimiento
 ni muerte.
 Te inventaste sentimientos.
 ¡Descuartizaste la sonrisa!
 ¡Pulverizaste la melancolía!
 ¡Clavaste la soledad del prójimo
 en una cruz!
 ¡Cerraste lo abierto.
 abriste lo clausurado!
 ¡Hiciste saltar en pedazos el cercano mal!
 ¡Tú, profeta del bien desconocido,

con el amor enhebraste las cuentas
 del Via Crucis!
 ¡Desmembraste la armonía y,
 empujándole más y más al fondo del pozo,
 alzaste al caído!
 Todavía,
 en la carne blanca,
 enferma,
 ignorada,
 del mundo,
 se oye el llanto
 de tu dolor.

Paco de Lucía

Campos verdes,
 olivos blancos.
 Calvario y gloria,
 glorioso vértigo.
 Vértigo invicto y vencido,
 vencida aflicción del campo.
 Guitarra embestida,
 por un toro celeste.
 Celestial y tierna rabia,
 rabia y furor tierno.
 Tierno silencio en las más ásperas
 modulaciones de la voz sin voz.
 Voz de los que, jorobados,
 vuelven, al atardecer, a los pueblos
 comidos levemente por la noche.
 Noche anhelante,
 anhelo curado de deseos que corren como ríos
 por la tierra seca.
 Seca frescura.
 ¡Paco de Lucía!
 ¡Tus signos abrasadoramente
 abrazan!
 Fuiste testigo y mensajero
 de los pozos de luz,
 de las luces negras,
 de los negros campos,
 de la sangre antigua,
 de la flor,

del fruto negado,
de la justicia de los corazones,
de la línea quebrada del amor
de la ilusoria verdad
de la historia,
del bufido del caballo árabe
en el establo del paraíso,
del candil macilento,
péndulo y camino,
en la serranía.

Javier del Amo